

REDOBLE POR ENRIQUE DURANGO FRANCO

Gabriel Ordóñez Nieto

Era una persona de cualidades privativas de los escogidos para transitar por la vida repartiendo solidaridad y alegría. Su vida se extinguió la madrugada del 18 de noviembre mientras Zunilda, su esposa, y sus familiares más cercanos colmaban sus oídos con palabras de aliento para que afronte el momento de la verdad última de la existencia.



Cuando me enteré recordé, de inmediato, versos de una de las elegías de Miguel Hernández, la que escribió cuando murió su amigo Ramón Sijé: *“un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal te ha derribado”*. Fue todo tan repentino, tan inesperado que no atiné a articular reacciones con palabras, el golpe helado, en vida, me había sometido. No era para menos, la noticia llegó temprano en la mañana cuando apenas me sacudía de las últimas imágenes de algún sueño insustancial.

La memoria remota me transportó a la década de los sesenta del siglo de la explosión tecnológica. A fines de 1966 lo conocí en el viejo y querido hospital “San Juan De Dios” una construcción de barro y bahareque incrustada en el corazón de una ciudad que despertaba en los albores de la modernidad. Entre los muros, los pisos temblorosos de viga y tablones carcomidos y añejos, soportaban los pesos de sanos y enfermos; vestidos con trajes multicolores, de sonrisas y llantos. Por allí caminaba entre indígenas y mestizos la inconfundible figura de Enrique Durango: mandil pulcro, con camisa y corbata, erguido, frente amplia, cabello peinado hacia atrás, alegre, sonriente, ofreciendo lo mejor de su incomparable don de gentes a los pacientes, a sus colegas, al personal de auxiliares y enfermeras. Daba sin recordar cuanto daba y recibía sin olvidar nada de cuanto recibía. Caballero a carta cabal, sin duda.

Inclinado de siempre por la cirugía. Al comienzo y con el ánimo de ganar habilidad y experiencia fungía de primero, segundo o tercer ayudante, no importaba, el norte estaba bien identificado: sería cirujano, tenía arrestos, no le temblaba el pulso, el bisturí en su mano era poderoso instrumento para cortar males y dolores. Defendió su tesis, se incorporó al cuerpo médico de la república, siguió su carrera ascendente, fue residente de su querido hospital antes de partir al Hospital Italiano de Buenos Aires donde tuvo una exitosa formación como cirujano vascular. Conoció a Zunilda, se casó con ella, retornó al país, ganó el concurso que le incorporó al hospital “Carlos Andrade Marín” allí formó equipo con Pablo Dávalos Dillon, Francisco Jaramillo Montalvo y otros distinguidos profesionales. Participó en trasplantes renales y otras prodigiosas cirugías de la especialidad.

Guarandeño de cepa, cultivó todas las costumbres y tradiciones de su tierra, sobre todo el carnaval, lo jugaba con entusiasmo y con todos los materiales permitidos sin causar daño; inteligente y creativo fue autor de varias coplas alusivas a la conmemoración y sus amigos, repartió humor del bueno y picardía a veces. Bailaba y cantaba con entusiasmo desbordante la música de la patria.

Era parte de un grupo inolvidable, el de los buenos muchachos. Lideró actos oficiales con aplomo y jerarquía; cuando hubo oportunidad de presentar algún sketch con el fin de alegrar la vida de los pacientes o conmemorar algo significativo ahí estaba pleno de gracia y simpatía, con algún disfraz original, contaba anécdotas y chistes como pocos, en fin a cada paso dejaba la huella imborrable de sus múltiples talentos.

Fue docente de mérito, sus alumnos calificaron sus lecciones, teóricas y prácticas, como ejemplares.

Cuando una persona así deja este mundo no pierde solo su familia, pierde la sociedad en su conjunto, pierde la medicina nacional, perdemos sus amigos que nos quedamos con el *“dolor agrupado en el costado, con dolor hasta del aliento”*

Amigo, hasta pronto, amigo.

Quito DM, 4 de diciembre de 2022